

# Corazón de Tortuga

En las venas de Ventura Jassón corría la sangre de experimentados pescadores como lo fueran sus abuelos y padres ya fallecidos. El pescador en sí podría ser considerado un sabio del mar, reconocido como tal por los habitantes porteños de Puerto Cabezas donde residía con su familia, siendo especialmente diestro en la confección de trampas y en el buceo profundo a puro pulmón para capturar langostas, así como en la confección de redes tejidas con sus propias manos de las que se jactaba que eran las más fuertes y apropiadas para sostener la carga de un fructífero día de pesca.

A pesar de ser un marinero de robusta complexión que hasta intimidaba a su paso, muchas veces su mirada era errática cuando se quedaba viendo fijamente hacia el horizonte del mar con su eterna soledad, sentimiento comprensible en él por la reciente muerte de su esposa Miriam, quien había fallecido de fiebres malignas de malaria dejando en la orfandad a Marina, su pequeña hija de 7 años de edad, frágil criatura que bien podía pasar desapercibida entre las otras niñas de la comunidad, a no ser por que en su carita morena enmarcada por un ensortijado cabello negro se destacaban como dos mecheros de fuego sus expresivos ojos color miel, que al verlos parecía que el astro rey se detenía en ellos. En tan límpido espejo también se percibía la pureza de su espíritu y gran expresividad que se le desbordaba en cada uno de sus movimientos.

Al clarear de cada día Ventura se aprestaba a navegar en su bote pesquero a su faena sin ningún acompañante, dejando a su hija en tierra firme a cargo de su suegra, abnegada mujer que la amaba y cuidaba con esmero, ya que Marina era el único descendiente de su hija fallecida. La mayoría de las veces el pescador llegaba con el bote cargado de peces de todos los tamaños, los que eran esperados por los lugareños para comprarlos. Sin embargo, lo que más le gustaba a Ventura era cuando su hijita corría por el embarcadero llena de júbilo para recibirlo y refugiarse en sus brazos, estampándole un beso lleno de amor. Más, cuando la soledad arreciaba en su corazón, a Ventura le ardía la sangre por la sed de aventuras y su intensa mirada se posaba en el mar con pasión, deseando penetrar sus profundidades para experimentar el estallido de la adrenalina en sus venas ante la proximidad del peligro de una pesca mayor, como la de tiburón. Y cuando de tortugas se trataba, prefería las de mayor peso, para lo cual se hacía acompañar de su amigo Henry

Hodgson, pescador de gran experiencia. Su amigo era quien se quedaba en la cubierta del bote para hacerse cargo de los aperos de pesca y de la polea para subir los escualos o las grandes tortugas, ya que su fuerza era muy grande y por consiguiente no se le dificultaba la tarea.

Ese día Ventura empezó a equiparse con la mascarilla para buceo profundo, aletas para nadado rápido y suficiente oxígeno en el tanque sujeto a sus espaldas. En la pantorrilla izquierda se fajó un afilado cuchillo dentro de su funda y en la cintura una gruesa sogá que sería el cordón umbilical que lo mantendría unido a la polea en la cubierta del bote. En su mano derecha esgrimía un arpón especial para pesca mayor. El equipamiento fue críticamente examinado por Henry, quien constató cada detalle antes de que el pescador descendiera al mar.

Con espectacular cabriola Ventura se lanzó al Océano. El contacto con el agua erizó su piel acostumbrada al calor ya que las aguas se tornaban cada vez más frías a medida que descendía. La luz del sol se fue quedando atrás como un círculo luminoso o una boca de fuego encima de su cabeza. El sitio le era conocido como de mediana profundidad y como un niño en busca de un premio en una juguetería continuó descendiendo apreciando la espectral serenidad del jardín marino que a sus ojos le presentaba la exhuberancia de su belleza y que nunca se cansaba de admirar. Buscó las grandes rocas cubiertas de coral y anémonas y peces exóticos muy pequeños, así como negros erizos que parecían piñas cubiertas de espinas pegados a la roca en donde otras veces había extraído ostras y esponjas. En ese mismo lugar una serpiente Morena que vivía en las hendiduras del montículo rocoso lo había asustado terriblemente con sus filosos dientes.

Finalmente se ocultó ante la presencia de una solitaria tortuga verde, pero como la vio muy pequeña la dejó ir. Continuó acechando hasta ver que se acercaba una gran Carey que se desplazaba rápidamente. Ventura se preparó para la embestida del animal con el afilado arpón automático en sus manos el que disparó diestramente. La lucha había comenzado. El estilete penetró profundo perforando de lado a lado el cuello del quelonio. La Carey estaba herida de muerte, pero aún así nadó pegada del arpón intentando zafarse entre estertores de sangre. Ventura nadó la distancia que lo separaba de la tortuga hacia el lecho marino y la ató de una de sus patas tirando varias veces a modo de



señal para alertar a Henry en la cubierta del bote a izar la pesada carga antes de que los chacales del mar acudieran al olor de la sangre fresca. El rescate transcurrió en forma eficiente y al caer la tarde se enrumbaron hacia el Puerto donde los pobladores participarían en el destace de la tortuga para llevarse una porción de carne a sus hogares.

Era un día Sábado y último día de pesca de la semana para Ventura. El día convidaba con su radiante sol para salir al mar y recorrerlo como un paseo para aspirar el salitre marino y el estallido sobre la cara de la espuma de las olas. Contrató nuevamente a Henry para que se hiciera cargo de la navegación del bote hacia alta mar. Así podría estar libre para dedicarle toda su atención a Marina a quien había invitado a acompañarlos. Este paseo sería espléndido para la niña, quien brincaba de alegría ante el hecho de navegar junto a su padre.

En mar adentro suceden cosas verdaderamente insólitas, tal como ese día. Sorpresivamente, una gran tortuga Carey se arrojó a la quilla de la embarcación; la tortuga estaba siendo protegida por dos delfines que giraban a su alrededor para evitar el ataque de los tiburones, ya que sangraba profusamente de una de sus aletas. A simple vista parecía muy cansada y a punto de sucumbir. Casi suplicaba con sus ojos por un poco de pescado para alimentarse y agarrar fuerzas para continuar su viaje hacia alguna playa donde pudiera cicatrizar sus heridas o morir en paz. Los marinos y la niña la quedaron viendo asombrados. En el pensamiento de los hombres rayó únicamente la emoción de una pesca fácil y la ambición de una buena venta de carne en el Puerto.

Para la niña fue terrible verla en tales condiciones y una transmisión de pensamientos -incomprensible para los humanos- se cruzó entre ella y la tortuga. La niña percibió su agonía y suplicó a su padre para que no le hicieran daño y la dejaran ir y hasta se atrevió a comentarle a los hombres que la Carey le "había hablado" pidiéndole ayuda para que la dejaran descansar un poco junto a la quilla del bote.

Los pescadores lanzaron ruidosas carcajadas que rompieron el silencio burlándose de la niña. Muy atribulada la niña veía como su padre a quien tanto amaba la tildaba de niña estúpida y sensiblera y sin hacer caso de sus súplicas los hombres prepararon el arpón mecánico y lo lanzaron contra la tortuga moribunda.

Un bramido de dolor rompió el estrépito del mar. La niña temblaba de la cabeza a los pies asustada por los hechos que se venían desencadenando uno tras otro, más aún al ver el rostro de su padre descompuesto por la insidia de matar a un ser indefenso. Marina se tapó los oídos con sus pequeñas manos para no escuchar las risotadas. Al verla en esa actitud su padre la zarandeó por los hombros y la mandó a sentar en la pequeña cabina del bote para que no viera la matanza. Pero la niña

estaba enloquecida de dolor por lo que sabía le iba a pasar a la Carey.

El cielo y las aguas se sublevaron contra tanta maldad. Las olas se elevaron formando picos en sus crestas hasta llegar al punto de ladear el bote peligrosamente. En tal angustia sólo se escuchaban los gritos asombrados de los pescadores ante el repentino cambio del tiempo y buscaban asideros con sus manos para no morir. Ventura gritaba a su hija para que se sujetara de la puerta de la cabina, pero no la vio por ningún lado. Marina había sido arrastrada violentamente hacia el mar junto a la tortuga desangrada sobre la cubierta del bote.

El pescador sintió que la situación se había escapado de sus manos al no prever la seguridad de su hija y lanzaba gritos de dolor y frustración en medio de la borrasca. Minutos más tarde que parecieron siglos, el mar volvió a la calma y el sol se abrió paso entre los negros nubarrones. La angustia oprimía el corazón de Ventura cuando constató que su hija no estaba y se dispuso a tirarse al mar para buscarla. Los fuertes brazos de Henry lo detuvieron en vilo, pues había visto que en las ahora quietas aguas los tiburones acechaban. Los hombres estaban desesperados; la tormenta los había alejado del sitio en donde suponían que había caído la niña. Las horas fueron pasando y con gran dolor tuvieron que darla por perdida. Al amanecer del día domingo los hombres regresaron a Puerto y después de eso Ventura no tuvo ánimos para seguir viviendo.

Los días y semanas pasaron lentamente y con ellos las esperanzas de ver aparecer a la niña. Desde ese aciago día el pescador no regresó más al mar. Horrorizada por la tragedia de su nieta, su suegra falleció de un ataque al corazón; y como a Ventura ya no le quedaba ningún asidero en este mundo para seguir viviendo -pues hasta de Dios había renegado- mal vendió su bote y dejó de ser el buen hombre que todos conocían, dedicándose a beber licor inmisericordemente rodando al fondo del abismo, durmiendo en su propia miasma, hasta morir.

Cuentan los ancianos pescadores que una gran Carey de grandes ojos color miel reina en el mar y se hace acompañar de dos delfines nariz de botella. Algunos pescadores atraídos por el misterio la han visto pasar cerca de sus botes y los han perseguido por muchas horas. Y cuando consideran que está a su alcance, lanzan sus arpones que se pierden en el mar, pues la tortuga y sus custodias desaparecen inexplicablemente. Tal dificultad ha ocasionado que muchos marineros no se dan por vencidos y acicateados por el misterio la han rastreado con el sonar de sus embarcaciones, localizándola a muchas millas marinas de distancia nadando plácidamente en aguas profundas, fuera del alcance de su maldad.

**Ninozka Chacón B.**  
23 de mayo 2003

